

ellos un espectáculo nunca visto el de una muger á caballo tras de un hombre. Apeámonos en el primer Meson , y ordené luego que guisasen una liebre , y asasen una perdíz. Mientras esto se disponia conduxe la dama á un quarto , donde comenzamos á discurrir , lo qual no habíamos podido hacer en el camino, por la priesa con que viajamos. Mostróse muy agradecida al gran servicio que la habia hecho , diciéndome , que á vista de una accion tan generosa no se podia persuadir que yo fuese compañero de los infames , de cuyo poder la habia libertado. Contéla entónces mi historia para confirmarla en el buen concepto en que me tenia. Con esto la empené á que me favoreciese con su confianza , y me refiriese sus infortunios , como lo hizo de la manera que se dirá en el Capítulo siguiente.

CAPITULO XI.

Historia de Doña Mencía de Mosquera.

Nací en Valladolid , y mi nombre es Doña Mencía de Mosquera. Mi Padre , Don Martin , Coronel de un Regimiento , fué muerto en Portugal despues de haber consumido su patrimonio en el servicio del Rey. Dexóme pocos bienes , y consiguientemente aunque era única no podia pasar por una gran conveniencia. Mas sin embargo de mi

es-

escasa fortuna no me faltaban pretendientes. Muchos Caballeros de los mas principales de España solicitaron mi mano ; pero el que se llevó mi atencion fué Don Alvaro de Mello. A la verdad era el mas galan y ayroso de todos ; y ademas otras prendas muy sólidas me determinaron á su favor. Era discreto , entendido y valiente , acompañando á esto lo muy comedido , atento , pundonoroso , y el hombre mas bien portado del mundo. En las corridas de toros ninguno se mostraba mas arriesgado , mas brioso ni mas diestro. En las justas era la admiracion de todos su despejo , su entereza , habilidad y valor. Finalmente lo preferí á sus contrarios , y le concedí mi mano.

Pocos dias despues de nuestro matrimonio se encontró en cierto sitio retirado con Don Andres de Baeza , que habia sido uno de sus antiguos competidores conmigo. Picáronse los dos , sacaron las espadas , y costó la vida á Don Andres. Era este sobrino del Corregidor de Valladolid , hombre de genio violento , y enemigo mortal de la casa de Mello , y por consiguiente juzgó Don Alvaro que le importaba infinito no retardar un punto su fuga. Volvióse inmediatamente á casa , contóme lo sucedido , y me dixo : querida Mencía , es indispensable separarnos. Ya conoces al Corregidor ; me perseguirá vivamente. No ignores lo mucho que puede en España , y así no estoy seguro en el Reyno. No le permitió de-

cir

cir mas su dolor. Hícele que tomase dinero y algunas joyas. Tendióme despues los brazos, estrechóme en ellos, y estuvimos así gran rato sin poder uno ni otro hablar palabra, confundíendose nuestras lágrimas, suspiros y sollozos. Vino un criado á decir que estaba pronto el caballo: arrancóse de mí, partió y dexóme en un estado que no sabré pintar. ¡Dichosa yo! si el exceso del dolor me hubiera quitado la vida. ¡Qué de penas y tormentos me hubiera ahorrado! Pocas horas despues que habia partido Don Alvaro supo su fuga el Corregidor. Hizo que le siguiesen, y no perdonó diligencia alguna para haberle á las manos. Engañólas todas mi esposo, y púsose en seguro. Viéndose el Juez reducido á no poder tomar otra venganza que la satisfaccion de quitar todos sus bienes á un hombre, cuya sangre quisiera haber podido beber, confiscó quanto pertenecia á Don Alvaro.

Halléme con esto en tan miserable situacion, que apenas tenia lo necesario para subsistir. Comencé á retirarme de todos, quedándome con una sola criada. Pasaba los dias llorando amargamente, no ya mi necesidad, que llevaba con paciencia, sino la ausencia de un adorado esposo, de quien no tenia noticia alguna, sin embargo de haberme prometido en nuestra dolorosa despedida, que de qualquiera parte del mundo donde se hallase procuraria informarme de su suerte. No obstante se

pa-

pasaron siete años sin haber oído hablar de él. Causábame una profunda tristeza la incertidumbre de su paradero. Supe al fin, que combatiendo por las armas de Portugal en el Reyno de Fez habia perdido la vida en una batalla. Así me lo refirió un hombre recien venido de Africa, asegurándome que conocia perfectamente á Don Alvaro de Mello, con quien habia servido en el Ejército Portugués, y que él mismo le habia visto perecer en lo mas vivo de la accion. A esto añadió otras circunstancias que me acabaron de persuadir que ya no existia mi esposo.

Vino en este tiempo á Valladolid Don Ambrosio Mesia Carrillo, Marques de la Guardia. Era uno de aquellos Señores entrados en edad, que por sus galantes y cortesanisimos modales hacen olvidar sus años, y consiguen aprecio entre las damas. Casualmente le refirieron la historia de Don Alvaro, y con esta ocasion oyó hablar de mí en términos que entró en mucha gana de verme. Para contentar su curiosidad se valió de una parienta mia, en cuya casa me encontró. Vióme, y quedó prendado de mí á pesar de la impresion de dolor que reparó en mi semblante. ¿Pero qué digo á pesar? quizá lo que más le tocó fué el mismo ayre triste, melancólico y lánguido en que me veía, previniéndole en favor de mi fidelidad. Mi melancolia pudo ser la causa de su amor. Por eso me dixo mas de una vez, que me mi-

ra-

raba como un prodigio de constancia, y que envidiaba la suerte de mi marido por desgraciada que fuese. En una palabra, quedó tan pagado de mí, que no necesitó verme segunda vez para tomar la resolucion de casarse conmigo.

Valióse de la misma parienta mía para pedir mi consentimiento. Vino esta á mi casa, y me representó que habiendo dado mi esposo fin á su carrera en el Reyno de Fez no era razon que estuviese enterrada por mas tiempo; que habia llorado ya sobradamente á un hombre, cuya compañía habia gozado por solos pocos momentos; que debia no malograr la ocasion que se presentaba, y que seria la muger mas feliz y mas contenta del mundo. Aquí ponderó la nobleza del Marques, sus grandes bienes, y su amabilísimo caracter. Pero por mas que empleaba su eloqüencia en hacerme palpables las ventajas que hallaria yo en aquel partido no me pudo persuadir. No ya porque dudase de la muerte de Don Alvaro, ni por el miedo de volverle á ver quando menos lo pensase. Lo único que mi parienta tenia que vencer era mi poca inclinacion, ó por mejor decir mi repugnancia á segundo matrimonio, despues de las desgracias que habia experimentado en el primero. En virtud de esto no desconfió, ni se acobardó, antes bien, interesada ya por Don Ambrosio aumentó sus instancias. Empeñó á toda mi parentela en la pre-

ten-

tension del Marques. Comenzaron mis parientes á estrecharme y apurarme sobre que aceptase un partido tan ventajoso. Veíame sitiada siempre de ellos, importunándome y atormentándome con la continua cantinela de que no malograrse tan favorable proporcion. Por otra parte mi miseria era mayor cada dia, y no fué esto lo que menos contribuyó á dexar vencer mi resistencia.

No pude pues defenderme mas tiempo; rendíme en fin á tan repetidas porfias, y caséme con el Marques de la Guardia, el qual el dia despues de la boda me conduxo á una bellissima hacienda que tenia cerca de Burgos, entre Grajal y Rodillas. Desde luego concibió por mí un amor violento. Observaba yo en todas sus acciones un vivísimo deseo de darme gusto. Estudiaba en prevenir todo quanto yo podia apetecer. Ningun esposo estimó nunca mas á su muger, ni jamas amante alguno aplicó mayor esmero en complacer á su dama. Sin duda que yo hubiera amado apasionadamente á Don Ambrosio, á pesar de la desproporcion de nuestras edades, si hubiera sido capaz de amar á otro que á Don Alvaro. Pero los corazones constantes no ciertan á dar entrada á segunda pasion. La memoria de mi primer esposo hacia inútiles todos los esfuerzos del segundo por hacerse amar de mí. No podia corresponder á sus ternuras sino con afectos y expresiones de gratitud y de respeto.

TOM. I.

I

Ha-

Hallábame en esta disposicion, quando un dia asomándome á una ventana que caía hácia el Jardin, ví en él un Labrador que me miraba con particular atencion. Túvele por el criado del Jardinero, y por entónces no hice caso de él; pero al dia siguiente habiéndole visto en el mismo sitio me pareció que estaba aun mas atento á mirarme: esto me dió golpe. Observéle tambien yo por mi parte con algun cuidado, y se me figuró que descubria en él algunos rasgos, y alguna idea del desgraciado Don Alvaro. Esta aparicion excitó en todos mis sentidos una turbacion inexplicable, y dí un gran grito sin poderme contener. Por fortuna estaba sola entónces con Inés, la criada de mi mayor confianza. Descubríla la sospecha que me agitaba, y ella no hizo mas que reir, creyendo que alguna ligera semejanza me habria alucinado. Serenaos, Señora, (me dixo) y no creais haber visto á vuestro primer esposo. No es verosímil que se presentase aquí con el disfraz de Labrador, pues ni se hace creible que aun viva. Yo misma (añadió) voy ahora al Jardin á ver á ese hombre á informarme quién es: y volveré en un momento á desengañaros. Partió al Jardin, y un instante despues la veo entrar en mi quarto muy alterada: Señora (me dixo) vuestra sospecha fué demasidamente bien fundada. El hombre que visteis en el Jardin es verdaderamente el mismo Don Alvaro. Luego se me des-

NOTICU-

cubrió, y desea veros á solas.

Podia recibirle entónces, porque el Marques habia partido á Burgos, y así dixe á Inés que le conduxese á mi quarto por una escalera secreta. Ya se dexa conocer la agitacion en que me hallaria. No pude sufrir la vista de un hombre que tenia derecho para decirme quanto le viniese á la boca, y al parecer con razon. Caí desmayada luego que le ví en mi presencia, como si hubiera sido su sombra. Así él como Inés me socorrieron prontamente, y despues que volví del desmayo: tranquilizaos, Señora, me dixo Don Alvaro, y no sea mi presencia un suplicio para vos. No es mi ánimo causaros la mas mínima amargura. No vengo como marido furioso á pedir os cuenta de la fé que me jurasteis, ni á calificar de delito el segundo empeño que contraxisteis. Sé muy bien que todo fué movido por vuestra parentela; y tampoco ignoro las persecuciones que habeis padecido. Por otra parte estoy informado de la voz de mi muerte esparcida en todo Valladolid, y tanto mas justamente creída de vos, quanto ninguna carta mia os podia asegurar de lo contrario. Finalmente sé de qué modo habeis vivido desde nuestra fatal separacion, y que la necesidad mas que el amor os obligó á entregaros en los brazos de::: ¡Ah Don Alvaro! le interrumpí yo anegada en llanto: ¿por qué razon quereis disculpar á vuestra esposa? No tiene disculpa, pues-

puesto que vivís. ¡Desdichada de mí! ¡Ojalá me viera ahora en la miserable situación en que me hallaba antes de desposarme con Don Ambrosio! ¡Funesto casamiento! ¡Ah! en aquella miseria tendría á lo menos el consuelo de veros sin sonrojarme.

Amada Mencía, replicó Don Alvaro en un tono que mostraba bien cuánto le habían penetrado mis lágrimas, yo no me quejo de tí, antes bien lejos de darte en cara con la brillantéz en que te veo, juro que rindo al Cielo mil gracias. Desde el triste día en que partí de Valladolid tuve siempre contraria la fortuna; mi vida fué una cadena de desdichas, y por colmo de ellas nunca me fué posible darte noticia de mí. Seguro siempre de tu amor se me representaba continuamente la fatal situación á que yo te había reducido. Consideraba á mi adorada Mencía nadando en lágrimas. Esta consideración era el mayor de mis tormentos. Confieso que algunas veces reputaba por delito la fortuna de haberte agrado. Deseaba que te hubieses inclinado á cualquiera otro de mis competidores, quando hacia reflexión á lo mucho que te costaba la preferencia con que me habías honrado. Mientras tanto, despues de siete años de esclavitud, encendido mas que nunca en amor quise absolutamente volverte á ver. No pude resistir á tan amoroso como vivísimo deseo, y conseguida mi libertad volví á Valladolid

dis-

disfrazado en este traje á riesgo de ser conocido y descubierto. Allí me informé de todo, y vine á este Castillo, donde hallé modo de introducirme con el Jardinero para ayudarle á cultivar estos Jardines. Tal es el arbitrio que tomé para lograr el consuelo de hablarte secretamente. No te imagines que con mi residencia aquí vengo á turbar la felicidad que gozas. Amote á tí mas que á mí mismo. Respeto tu reposo, y acabada esta conversacion parto lejos de este sitio á poner fin á mis tristes días, que sacrifico á tu amor.

No, Don Alvaro, no; exclamé al oírle estas palabras. No sufriré que segunda vez me abandones: quiero partir contigo, y solamente la muerte nos podrá separar. Creeme á mí, Mencía (me replicó) vive con Don Ambrosio, y no quieras asociarte á mis desdichas; dexa que cargue yo solo con todo su peso. Añadia á esta otras razones semejantes; pero quanto mas empeñado parecia en querer sacrificarse á mi felicidad, menos dispuesta me hallaba yo á consentirlo. Luego que me vió tan resuelta á seguirle mudó de repente de tono, y con semblante mas alegre me dixo: Mencía, pues todavía amas tanto á Don Alvaro que quieres preferir su miseria á la abundancia en que te hallas, vámonos á vivir á Betanzos, Ciudad del Reyno de Galicia, donde hallaremos un seguro retiro. Si mis desgracias me quitaron todos mis bienes, no me

hi-

hicieron perder todos mis amigos. Aun me quedan algunos tan verdaderos, que me han puesto en estado de poder sacarte de esta casa, y llevarte á la de tu único y verdadero marido. Con este fin compré en Zamora coche, mulas y caballos; y traygo por compañeros á tres amigos Gallegos resueltos y valerosos. Todos están armados de carabinas y pistolas, y todos con el equipage esperan mi aviso en el Lugar de Rodillas. Aprovechémonos de la ausencia de Don Ambrosio. Voy á dar orden de que traygan el carruaje á la puerta de esta casa, y al momento partiremos. A todo dí mi consentimiento: voló Don Alvaro á Rodillas, y en breve tiempo volvió con sus tres compañeros montados. Sacáronme de en medio de mis mugeres, las quales atemorizadas se escaparon donde pudieron. Solo Inés estaba informada de todo; pero no quiso juntar su suerte á la mía, porque estaba enamorada de un page de Don Ambrosio; lo que demuestra que la ley de los mas fieles criados no está á prueba del amor. Entré en el coche con Don Alvaro, no llevando conmigo sino alguna ropa, y algunas joyas que tenia antes del segundo matrimonio; porque nada quise tomar de lo que me habia regalado el Marques quando su casamiento. Seguimos el camino de Galicia sin saber si tendríamos la fortuna de llegar allá. Temíamos con razon que al volver de Burgos Don Am-

Ambrosio viniese en seguimiento nuestro acompañado de mucha gente, y que nos alcanzase; pero caminamos dos dias sin que ninguno nos siguiese. Esperábamos que sucediera lo mismo en la tercera jornada, y caminábamos tranquilamente. Contábame Don Alvaro la triste aventura que habia dado ocasion á la voz esparcida de su muerte, y el modo con que habia recobrado su libertad despues de cinco años de cautiverio, quando encontramos en el camino los ladrones en cuya compañía estabais vos. El que mataron es el mismo que me hace derramar el torrente de lágrimas que ahora se desprende de mis ojos.

CAPITULO XII.

Del modo poco gustoso con que fué interrumpida la conversacion de la Dama, y de Gil Blas.

Con efecto se deshacia en lágrimas Doña Mencía al acabar de hacerme su relacion. Dexéla dar toda libertad á los suspiros, y lloraba yo tambien: tan natural cosa es interesarse en el dolor de los infelices, y muy particularmente en el de una muger hermosa y afligida. Iba á preguntarla qué partido queria tomar en la coyuntura en que nos hallábamos, y aun quizá ella misma iba tambien á consultarme lo propio, si no hubiera sido interrumpida nuestra conversacion. Oímos en el Meson un gran rumor, que

que llamó nuestra atención. Causábase la venida del Corregidor, que acompañado de dos alguaciles y muchos ministriles se entró en el quarto donde estábamos. El primero que se acercó á mí fué un Caballerito mozo que venia en compañía del Corregidor: paróse á mirar muy de espacio y muy de cerca mi vestido; y despues de alguna suspension exclamó diciendo: vive el Cielo que esta es mi mismísima casaca; la conozco tan bien como he conocido mi caballo. Sobre mi palabra, que podeis prender á este hombre honrado. Sin duda es uno de los ladrones que tienen no sé qué oculta madriguera en este país.

Al oír aquel discurso me persuadí que sin duda me habia tocado por desgracia mía el despojo de aquel Caballero, y por consiguiente quedé sorprendido y desconcertado. El Corregidor, que por su oficio debia juzgar antes mal que bien de la turbacion en que me veía, hizo juicio que la acusacion no era mal fundada; y sospechando que la dama podia tambien ser cómplice, nos hizo prender á los dos en quartos separados. No era este Juez de aquellos que tienen un semblante grave y ceñudo; antes bien mostraba un rostro alegre y risueño, acompañado de un modo de hablar dulce y cariñoso; pero sabe Dios si era mejor que los primeros. Luego que me constituyó en la prision vino á ella con sus dos precursores, esto es, con sus alguaciles, los

qua-

quales, segun su buena costumbre, empezaron registrándome bien las faltriqueras. ¡Qué dia para aquella honrada gente! Acaso en todos los de su vida no habian tenido otro semejante. A cada puñado de doblones que me sacaban estaba viendo que centelleaban sus ojos de alegría. Hasta el mismo Corregidor parecia que estaba fuera de sí. Hijo, me decia, en un tono lleno de miel y dulzura, no estrañes ni tengas recelo de lo que executamos, que en esto no hacemos mas que nuestro oficio. Si estás inocente, nada te perjudicará. Mientras tanto fueron dulcemente aliviando del peso á mis bolsillos, quitándome aun lo que habian respetado los ladrones, quiero decir, los quarenta ducados de mi tio. Registráronme de pies á cabeza sus codiciosas é infatigables manos, haciéndome revolver á todos lados, y despojándome de todos los vestidos para ver si tenia guardado algun dinero entre el pellejo y la camisa. Despues que cumplieron tan exáctamente con aquella su importante obligacion, el Corregidor me hizo sus preguntas. Satisficelas presto, refiriéndole ingenuamente todo lo sucedido. Hizo escribir mi declaracion, y partió con su gente y mi dinero, dexándome desnudo sobre el santo suelo.

¡Oh vida humana! exclamé quando me ví solo en aquel miserable estado. ¡Qué llena estás de contratiempos y de caprichosas aventuras! Desde que salí de Oviedo no he experi-

TOM. I.

K

men-

mentado mas que desgracias. Apenas salgo de un peligro quando entro en otro. Al llegar á esta Ciudad estaba muy lejos de pensar que en tan poco tiempo habia de tener conocimiento con su Corregidor. Haciendo estas reflexiones inútiles me vestí la maldita casaca y lo restante de la ropa que me habia puesto en aquel estado; y despues hablándome y confortándome á mí mismo: ánimo, Gil Blas, me dixe, valor y constancia. Vamos claros; piensa que despues de este tiempo vendrá quizá otro mas dichoso. ¿Será buena cosa el desesperarte porque te ves en una prision ordinaria, despues de haber hecho tan penoso ensayo de tu paciencia en la tenebrosa cueva? ¡Mas ay! añadí tristemente, yo me alucino y me lisonjéo. ¿Cómo será posible que salga de esta cárcel, quando acaban de quitarme los medios de conseguirlo? Un pobre encarcelado sin dinero es un páxaro á quien cortaron las alas.

En lugar de la liebre y de la perdiz que habia mandado disponer me traxeron un pedazo de pan negro, y un jarro de agua, dexándome tascar el freno en mi calabozo. En él estuve quince dias enteros, sin ver en todos ellos otra persona que el Alcayde, que venia todas las mañanas á registrar y renovar las prisiones. Quando le veía, afectaba quererle hablar, y trabar conversacion con él para desahogarme algun tanto; pero aquel hombre

nada respondia á quanto le preguntaba. Jamas me fué posible sacarle ni una sola palabra. Entraba y salia muchas veces sin dignarse siquiera de mirarme. Al decimosexto dia se dexó ver el Corregidor, y me dixo: ya puedes alegrarte, porque te traygo una buena nueva. Hice que fuese conducida á Burgos la dama que venia contigo, exâminela sobre quién eras, y sobre tu conducta, y sus respuestas te descargaron. Hoy mismo saldrás de la cárcel, con tal que el arriero en cuya compañía veniste desde Peñafior á Cacabelos, segun has dicho, confirme tu declaracion. Está en Astorga, ya le he enviado á llamar, y le estoy esperando. Si conviene su declaracion con la tuya, inmediatamente te pongo en libertad.

Consoláronme mucho estas palabras, y desde aquel momento me consideré fuera de todo enredo. Dí gracias al Juez por la buena y pronta justicia que me queria hacer, y apenas habia acabado mi cumplido quando llegó el arriero entre dos alguaciles. Conocíle inmediatamente; pero el bribon, que sin duda habia vendido mi maleta con todo lo que tenía dentro, temiendo que le obligasen á restituir el dinero que le habian dado, si confesaba que me conocia, negó descaradamente que jamás me hubiese visto hasta aquel instante. ¡Ah traydor! exclamé yo, confiesa que has vendido mi ropa, y da ese testimonio á la verdad. Mírame bien. Yo soy uno de

de aquellos mozos á quienes amenazaste con el tormento en Cacabelos llenando á todos de miedo. El taymado respondió muy friamente que le hablaba una gerigonza que él no entendia; y como ratificó y mantuvo hasta el fin aquel solemnísimo embuste, mi libertad se diferió hasta mejor ocasion. Hijo, me dixo el Corregidor, bien ves que el arriero no concuerda con lo que declaraste, y así no puedo soltarte por mas que lo deseo. Convínome, pues, armarme nuevamente de paciencia, y resolverme á estar todavía á pan y agua, y sufrir al silencioso carcelero. Quando pensaba que no podia salir de entre las garras de la Justicia, siendo así que no habia cometido delito alguno, me desesperaba con este triste pensamiento, y echaba menos el lóbrego soterraneo. Todo bien considerado, me decia yo á mí mismo, allí me hallaba menos mal que en este hediondo calabozo. Por lo menos en aquel comia y bebia alegremente con los ladrones. Divertíame con ellos, y me consolaba la esperanza de poderme escapar algun dia; pero de aquí seré quizá muy feliz si solo puedo salir para ir á galeras, á pesar de mi inocencia.

CA-

CAPITULO XIII.

Por qué casualidad sale Gil Blas de la cárcel, y adónde se dirigió despues.

Mientras yo pasaba los dias y las noches en desvariar, entregado á mis tristes reflexiones, se esparcieron por la Ciudad mis aventuras, ni mas ni menos como yo las habia dictado en mi declaracion. Muchas personas me quisieron ver por curiosidad. Venian unas en pos de otras, y se asomaban á una ventanilla que daba luz á mi prision, y despues de haberme mirado por algun tiempo se retiraban silenciosas. Sorprendiome aquella novedad. Desde mi entrada en la cárcel nunca habia visto alma viviente asomarse á la tal tronera, aun mas que ventanilla, la qual caía á un sucio corral, donde habitaban el silencio y el horror. Esto me hizo creer que yo hacia ruido en la Ciudad, pero sin acertar á pronosticar si seria para mal ó para bien.

Uno de los que ví en cierta ocasion fué aquel muchacho ó niño de coro de Mondoñedo, que en Cacabelos se escapó, como yo, por miedo del tormento. Conocióle luego, y él no fingió desconocerme, como lo habia fingido el arriero. Saludámonos uno y otro, y entablamos una larga conversacion, en la qual me ví precisado á hacerle una nueva relacion de